

Hedenstjerna; que aquella niña tísica que sólo ansiaba la muerte para librar de su presencia al marido á quien adoraba y de quien era adorada, fué la compañera del novelista el cual encontró en ella una pequeña fuente de donde brotaron muchos raudales de ternura y de inspiración romántica.

Aquella tísica que une su existencia minada á la de un hombre á quien apenas conoce, sólo por salvarlo de la miseria; aquella niña que sufre los desvíos de un marido que no sabe comprenderla y que huye de su presencia tal vez por temor al contagio y que la manda á Niza, no para curarla, sino para permanecer solo en su castillo; aquella enferma que vuelve completamente curada y de la cual se enamora

Gosta, es la protagonista ideal del género típico novelístico: de la novela romántica por excelencia.

Este libro está escrito con la delicadeza que impone un argumento como el que dejó relatado, delicadeza que en todo lo suyo ha sabido poner Hedenstjerna. Es un libro de sueños, de recuerdos. Muchos al leerlo sentirán algo extraño que pasa por su mente, algo delicado, algo como esa sensación que se experimenta al encontrar entre las páginas de un volumen que leemos con avidez, una florecilla seca, testimonio discreto de una pasión que fué, de una simpatía que no pudo durar lo que han durado aquellos pétalos amarillentos, todavía perfumados.

JOSÉ-FABIO GARNIER

PÁGINAS LITERARIAS

CANTO, A LOS LABRIEGOS

¡Canto á los héroes del trabajo. Esos sembradores de enérgica pujanza, que aman el sol, y con sus rojos besos comulgan en su templo—la labranza.

Ellos son el sostén de las naciones; el brazo formidable en paz y en guerra que hace á los vientos tremolar pendones: su fuerza agotan al domar la tierra, y en batalla su sangre de leones!

Bendito sea el sembrador, loado sea en himno inmortal el que potente, hace que fecundice la simiente, dejando en cada surco del arado el sudor luminoso de su frente.

Aquel que en el fragor de la faena, del bosque rudo en lo alto y en lo bajo, de su hacha el golpe en la amplitud resuena, como una marsellesa del trabajo.

Aquel que con la alondra se levanta, y alegre se despierta con las flores, cuando fulge la aurora y se agiganta en eclosión de luz y de colores.

Aquel que con la faz alborozada al campo se encamina satisfecho, en el lecho dejando á su adorada, arrullando á sus hijos en su lecho.

Aquel que en cada surco hace una fuente, y es cada fuente una profunda herida, de donde brota milagrosamente la espiga que da el pan para la vida.

El que en la selva secular que cruje, es un emperador de horca y cuchillo, cuando cede el viejo árbol á su empuje, como ante el lobo el dócil corderillo.

Aquel que hundiendo la mirada fría, por el ámbito azul que el cóndor huella, es el primero que saluda el día mirando agonizar la última estrella.

Aquel desheredado sin fortuna, que esclavo viene á ser desde la cuna por el continuo trabajar forzado, que da la rica savia de su vida, entregado á labores sin medida, y aumenta el capital del potentado.

Aquel á quien dan pago á sus servicios, con látigo cruel y frase hiriente, á quien abren la puerta de los vicios lanzándole á los negros precipicios donde no pueda levantar la frente!

Para este triste sembrador, mi lira, tiene cantos de miel y de ternura, pues doliente suspira, si él suspira, y llora cuando él llora en su amargura!

¡Oh labriego, labriego infortunado, trabajas por el ruín proletariado sin libertad, bajo del yugo, preso, y es cada gota de sudor vertida, raudal de sangre para nueva vida, que impulsará la marcha del progreso!

Naces en el rincón de la montaña, y vives ignorado en tu cabaña,